

LA CIVILIZACIÓN DEL ESPECTÁCULO

David Lara

Título:

La civilización del espectáculo

Autor:

Mario Vargas Llosa

Editorial:

Alfaguara

Año:

2012

Idioma:

Español

Número de páginas:

232

Vargas Llosa y el Salón de los Rechazados

En 1863 el Salón de Arte de París mostraba su vitalidad. Ese año, un jurado conservador y dictatorial rechazó más de dos mil obras que consideró «de menor calidad». Las disputas entre jurados y artistas necesitaron la intervención del emperador Napoleón III, quien, con sus ideales —mezcla de autoritarismo y catolicismo arromanticado—, hizo crear un salón alterno para aquellos «de menor calidad». Creó el *Salón de los Rechazados*, que permitió que con los años se gestaran nuevas formas de expresión pictórica como el impresionismo o el expresionismo.

Al leer *La civilización del espectáculo* (2012), he pensado que si su autor, Mario Vargas Llosa, hubiera sido jurado de aquel salón de 1863, se habría opuesto a la acertada y democrática propuesta del dictador. Lo supongo porque sus visiones sobre el concepto de *cultura* expresado en su texto se limitan a los parámetros desarrollados en la edad media, predilección por las bellas artes, con una dosis letal de cristianismo alambicado. He aquí su primer despropósito: pensar que la cultura son las bellas artes, valorada por una élite, sabios, conocedores y eruditos, de la que Vargas Llosa es parte. Con esos elementos dicta qué es y qué no es cultura. Allí no se salvan ni las visiones que sobre la cultura plantearon en el siglo xviii y xix pensadores como Herder o Tylor, que involucraban diversidad de experiencias y visiones, que cánones estéticos.

Vargas Llosa plantea que la cultura, tal como él la conoció, ha sucumbido y que el término dejó de ser algo propio de una minoría para convertirse en masiva, superficial, popular, banal y *light*. Llega a la conclusión que vivimos en la civilización del espectáculo, a la cual solo le interesa el goce y la diversión, a lo que se llega



sin ningún esfuerzo intelectual y sin ningún conocimiento previo. Caen también, sin ningún tipo de contexto o análisis, las llamadas industrias creativas, a las que responsabiliza de la creación de las «diversiones del gran público que han ido reemplazando (y terminarán por acabar con ella) a la cultura del pasado» (p. 30).

Para Vargas Llosa el hecho de que se democratizen los contenidos culturales, la información, el acceso a templos de las bellas artes como museos y salas de conciertos no garantiza que esa cultura sea valorada, porque estamos ante un sujeto banal, incapaz de entender lo que la cultura (su visión de ella) le ofrece.

Algunos planteamientos de Vargas Llosa resultan acertados: como la falta de una crítica que guíe y cautive a un espectador incauto; la ausencia de un periodismo que investigue a fondo los temas culturales o el exagerado abuso sobre la intimidad de las personas, pero afirmar que se trata de un mal generalizado y que por esta razón la cultura ha desaparecido es incurrir en las mismas nociones que critica y ubicar en el mismo

casillero a medios e instituciones que se resisten a las exigencias antiéticas del mercado.

Vargas Llosa afirma que «La gente abre un periódico, va al cine, enciende la televisión o compra un libro para pasarla bien, en el sentido más ligero de la palabra, no para martirizarse el cerebro con preocupaciones, problemas, dudas...» (p. 138). En realidad, en el sentido más pesado del término, no lo hemos pasado bien con *La civilización del espectáculo*, un texto desigual, de conclusiones entreveras, que no compagina con sus planteamientos, un producto que parece una estrategia del mercado editorial que critica para aprovechar el momento del neo Nobel; con columnas insertadas (lo mejor del libro) y que el autor publicara en *El País*, de España. Queda el malestar de haber escuchado a un ser hastiado, que lanza improperios inacabados en contra de situaciones que aún no ha logrado digerir, y que cuyo análisis se aparta de las visiones más incluyentes y actuales de la cultura.